

gesis bíblica reconoce en los primeros términos la manera hebrea de expresar, no un mero fenómeno intelectual, sino una experiencia de cercanía y comunión interpersonal. En lo relativo al infierno, los autores exponen la doctrina con medida: no se puede afirmar tan ligeramente que «no hay nadie en el infierno» («La fe cristiana enseña que... alguien ha dicho ya «no». Se trata de las criaturas espirituales que se rebelaron contra el amor de Dios y a las que se llama demonios» [cf. concilio IV de Letrán: DS 800-801] Juan Pablo II, discurso del 28 de julio de 1999); pero tampoco disponemos de abundante información acerca de la perdición de seres humanos, dado que la salvación es un diálogo entre Dios, y el alma hasta el momento de la muerte. En cuanto al sufrimiento en la Muerte Eterna, los autores ponen el subrayado en la ausencia de Dios, (cabría presentar el sufrimiento del infierno de modo bastante unitario: con relación a Dios es esencialmente la separación eterna, y en cuanto a la criatura y sus relaciones con otras criaturas, es la falta de armonía en todos los sentidos, que la Biblia describe con múltiples términos, como Gehenna, fuego, gusano, oscuridad, etc.).

Una teología de escatología «intermedia» surge como respuesta a la pregunta provocada por dos hechos dogmáticos: la retribución inmediata después de la muerte, y la «distancia» (hablando desde el interior de la historia) entre la muerte individual y la Parusía. ¿Qué pasa entonces con los difuntos, «antes» de la resurrección? Los autores muestran que una respuesta cristiana ha de alejarse tanto de un dualismo de corte platónico como de un monismo materialista. Aun con dificultad de lenguaje, puede afirmarse la pervivencia del yo con una duración no medible según nuestro tiempo, en el cual goza ya de la experiencia fundamental de estar (o, en su ca-

so, sufre el no estar) con Dios, antes de la experiencia de la Resurrección.

El libro, dentro de su brevedad, proporciona conocimientos fundamentales de escatología, y presta un servicio a la esperanza cristiana.

José Alviar

José Antonio SAYÉS, *La Trinidad, misterio de Salvación*, Palabra, Madrid 2000, 398 pp., 13,5 x 21,5, ISBN 84-8239-432-1.

El profesor José Antonio Sayés es bien conocido en los ambientes teológicos por sus muchas publicaciones en el ámbito de la dogmática. El libro que ahora presentamos se mantiene en su habitual modo de hacer. Nos encontramos, pues, ante un manual de Dios uno y trino, en el que se sigue el orden habitual en los actuales tratados sobre Dios y en el que las cuestiones son tratadas en forma clara y solvente.

Sayés inicia su estudio dedicando cien páginas al misterio de Dios en la Sagrada Escritura. Los temas relativos al AT están divididos en tres grandes apartados: 1) evolución de la idea de Dios; 2) Dios como Padre; 3) Mediaciones de Dios en el Antiguo Testamento. Los temas concernientes al NT están agrupados en torno a cada una de las Personas divinas: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Siguen unas setenta páginas dedicadas a la Trinidad en la Tradición. También aquí el orden seguido es el habitual hasta llegar al Concilio XI de Toledo. El autor prosigue su estudio con San Anselmo, Ricardo de San Víctor, Santo Tomás y los Concilios de Letrán, Lyón y Florencia. El autor dedica unas páginas interesantes al concepto de persona en teología (pp. 201-221). Se trata de unas páginas que evidencian

la dificultad del tema, precisamente al mostrar la razón de fondo que llevó al pensamiento cristiano a su elaboración teórica.

El resto del libro está dedicado al tratamiento sistemático. Comienza por las procesiones trinitarias, para continuar después estudiando la unidad de la Trinidad y los atributos divinos. Bajo el mismo apartado de los atributos coloca el conocimiento y el amor divinos. Extensión notable encontramos en el tema Trinidad y Salvación (pp. 277-321) subdividido en los siguientes epígrafes: La Iglesia y la Trinidad, el misterio de la Iglesia, la Iglesia y la Trinidad en el Vaticano II, La encarnación del Verbo, la inhabitación trinitaria. El estudio sistemático como tal concluye con un extenso apartado dedicado al conocimiento natural de Dios en el que dedica unas páginas a realizar una crítica a la posición que, sobre este asunto, mantiene W. Kasper en su obra *El Dios de Jesucristo*. El libro concluye con un apéndice dedicado al concepto persona, a la existencia del alma y a buscar un más allá del hilemorfismo.

Quizás de lo que más sorprenda en el libro sea lo abruptamente que el autor emite sus críticas, sin atender incluso a los matices necesarios para no deformar el pensamiento de los autores criticados. Así sucede, por ejemplo, cuando, al analizar las causas de que «en nuestra espiritualidad la Trinidad quede en la lejanía de su trascendencia», aduce como única causa «la impostación agustiniana y tomista que ha predominado en la teología latina» (p. 9). Naturalmente que toda «impostación» supone una limitación, pero eso no quiere decir que esa impostación sea por sí misma y en solitario responsable del déficit de piedad trinitaria del que se queja el autor. En este sentido, véase por ejemplo, la crítica que hace L. Scheffczyk al plan-

teamiento agustiniano en *Mysterium Salutis*, en una línea paralela a la de Sayés, mucho más matizada y certera. En la página siguiente, el autor estima que su tratado puede suponer una aportación sugestiva: recuperar «una línea olvidada en la historia de este tratado (hoy en día ya muy apreciada), la de Ricardo de San Víctor, que presenta una perspectiva más personalista». Efectivamente, los manuales y tratados actuales sobre la Trinidad, destacan la importancia de Ricardo de San Víctor y le dedican abundantes páginas, mostrando la fecundidad aún no explotada de su pensamiento. Así sucede con los manuales de J. Rovira Belloso, M. Arias Reyer, y L. Ladaria entre otros. El autor debiera advertir que el atractivo de Ricardo de San Víctor no es otro que el que proviene del hecho de que acercarse a él es acercarse a San Agustín en una lectura menos escolástica y más viva.

Las páginas dedicadas a la demostración de la existencia del alma o al concepto de persona con el que intenta superar el hilemorfismo, necesitan una mayor extensión, que permita detenerse en algunos matices, en una cuestión de por sí verdaderamente ardua. Me estoy refiriendo a los matices imprescindibles para exponer el pensamiento de los autores criticados sin lastimar demasiado su pensamiento. Así sucede, por ejemplo, en la p. 382, donde se rechaza *per modum unius* a Althaus, Brunner, Barth, Rahner, Stange, Boros, Greshake, y Ruiz de la Peña, de cuyas teorías se dice sin más que se oponen al magisterio de la Iglesia. Yo mismo, aunque debo agradecer al autor la deferencia y las numerosas veces que me cita, debo decir que, en alguna ocasión, no soy capaz de reconocer mi pensamiento tal y como él lo expone.

Lucas F. Mateo-Seco